

PARADIGMAS TEÓRICOS Y EXPLICACIÓN DE LOS FLUJOS MIGRATORIOS INTERNACIONALES EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN. UNA REVISIÓN CRÍTICA

Luis V. Abad Márquez*

1. MIGRACIONES Y TEORÍAS MIGRATORIAS. COMPLEJIDAD Y DIVERSIDAD

Sabemos que las migraciones son tan antiguas como la especie humana y ni siquiera son estos los tiempos en que se producen con mayor intensidad. Pero sabemos también que los actuales movimientos migratorios internacionales no podrían explicarse sin tener en cuenta el marco global de las relaciones internacionales, es decir sin tener en cuenta los crecientes procesos de globalización que caracterizan nuestros días. *Globalización y migraciones internacionales* son manifestaciones indisolublemente unidas de una misma tendencia. Los flujos migratorios internacionales son, podríamos decirlo así, la imagen deformada de las contradicciones que caracterizan a la globalización *que de hecho estamos construyendo*. Una “globalización asimétrica” (Abad, 2000), que no solo perpetúa, sino que agrava hasta límites insostenibles las divergencias entre desarrollo y subdesarrollo.

En el último *Congreso sobre la Inmigración en España* organizado por el Instituto Universitario Ortega y Gasset y la UPCO (Madrid, 2000), traté de explicar la intensificación de los flujos migratorios internacionales a partir de la acción concertada de determinantes estructurales tales como el agravamiento en los procesos de divergencia internacional de la renta, por un lado, y la evolución *a sensu contrario* de las tendencias demográficas Norte/Sur, con los consiguientes efectos en los mercados de trabajo respectivos.

En este artículo, pretendemos dar un paso más. Porque, si bien es cierto que el agravamiento

de las diferencias demoeconómicas Sur/Norte constituyen una condición *necesaria* sin la cual las migraciones no se producirían, sin embargo sabemos que, por sí solas, no son condiciones *suficientes* para que se activen, ni para explicar su intensidad ni su composición interna, ni las direcciones y formas que están adquiriendo. Tratar de explicar los flujos migratorios apelando únicamente al agravamiento de las divergencias Sur/Norte, dejaría sin respuesta preguntas tales como, por ejemplo, por qué, en contra del tópico popular, no son precisamente los países más pobre del planeta los que presentan mayores tasas de emigración; o por qué no son necesariamente los trabajadores menos cualificados o en paro los que mayor propensión presentan a emigrar. Por eso, una segunda forma de abordar el tema es la que proponemos en este artículo: examinar hasta qué punto los paradigmas teóricos más conocidos y utilizados hasta la fecha en la literatura especializada, pueden ser o no de alguna utilidad práctica a la hora de explicar la movilización, intensificación y perpetuación de los flujos migratorios internacionales.

Y, si adoptamos este enfoque, la primera tarea debiera ser realizar una labor completa de síntesis de los principales paradigmas teóricos propuestos hasta hoy. Una labor que, salvo excepciones meritorias, está aún muy lejos de haberse realizado (Massey et al. 1998). A pesar de su corta historia, la literatura científica sobre las migraciones ha alcanzado ya, en apenas un siglo, un volumen tal que resulta literalmente inabarcable. Pero la mayor parte de ella pertenece a campos de estudio específicos

* Departamento de Sociología. Universidad Complutense de Madrid. E-mail: labad@ccee.ucm.es.

como colectivos nacionales en concreto, condiciones de vida y trabajo de minorías étnicas, pautas de interacción e inserción en las sociedades de acogida, educación intercultural, políticas migratorias, e incluso estudios econométricos del tipo coste/beneficio del hecho migratorio.

Frente a esto, existe, en cambio, mucha menos literatura científica de carácter fundamental que eleve el nivel de abstracción y trate de elaborar modelos teóricos. Pero modelos teóricos contrastables, capaces de dar cuenta no solo de los factores determinantes, sino también de las pautas específicas de los flujos migratorios. A pesar de que esta última línea es, probablemente, la que cuenta con mayor antigüedad, es, con mucho, la menos desarrollada. Desde Ravenstein hasta hoy se han ensayado instrumentos teóricos y categorías epistemológicas, pero la mayor parte de las veces estos esfuerzos teóricos se han reducido a tomar prestadas categorías y enfoques originalmente diseñados para el análisis científico en otros campos.

Por eso, será mejor comenzar con el reconocimiento de un acto de humildad científica: no existe un único marco teórico capaz de dar respuesta por sí solo a toda la magnitud de problemas que presenta el fenómeno migratorio. Lo cual, por otro lado, lejos de ser un hecho desconcertante es bastante comprensible: pocos fenómenos sociales son tan extremadamente complejos como las migraciones. Son fenómenos poliédricos, que incluyen perspectivas psico-individuales, grupales, históricas, económicas, demográficas, jurídicas, etc. Es bastante comprensible que, dada la extrema complejidad del fenómeno y la historia relativamente corta de los esfuerzos científicos por comprenderla, no se haya desarrollado aún un instrumento analítico suficientemente potente como para dar cuenta, por sí solo, de toda la extraordinaria complejidad del fenómeno. Una complejidad a veces tan contradictoria que parece empeñada en invalidar contrafacticamente y hacer imposible cualquier esfuerzo de aproximación teórica unificada y onnicomprensiva. A lo más que hemos llegado en el terreno de las teorías migratorias es a explicaciones históricas *ex post facto*, a interpretaciones *ad hoc* o, a lo sumo, a teorías de alcance medio.

Y, sin embargo, sabemos que ninguna ciencia ha podido jamás avanzar sin un marco teórico de referencia. Por eso, porque no es posible renunciar simplemente a la teoría en la explicación de los hechos, pero también porque no todos los hechos

pueden ser explicados por un único modelo teórico, la estrategia que vamos a seguir en este artículo será examinar algunos de los problemas más relevantes que plantean hoy los flujos migratorios internacionales y tratar de abordar cada uno de ellos desde modelos teóricos diferentes.

No hay por qué alarmarse por ello. Aunque partan de supuestos diferentes y enfoquen el problema desde perspectivas muy distintas, la mayoría de las teorías migratorias no son incompatibles entre sí o lógicamente inconsistentes. Son, más bien, complementarias. Y, al menos hasta que avancemos más en este terreno, no hay reparos en adoptar marcos teóricos distintos para responder a preguntas diferentes.

En esencia, nos plantearemos tres preguntas:

a) la primera es qué factores, en particular de naturaleza económica, actúan hoy en los países actualmente emisores de emigrantes. Es decir, qué razones económicas, ya sean histórico-estructurales (nivel macro), o individuales (nivel micro) empujan en sus países de origen a los potenciales migrantes y estimulan, así, los flujos migratorios.

b) la segunda es qué factores actúan también hoy en los países de acogida, permitiendo y a veces incentivando, dichos flujos. Al hacer esta pregunta, hago ya una declaración de principio: los actuales flujos migratorios no se explican solo por los factores expulsivos que actúan en los países de origen. Deben existir también factores atractivos que actúen en los países de acogida o, en caso contrario, los flujos migratorios no se producirían, al menos con la intensidad y en la forma en que se están produciendo.

c) Las dos primeras preguntas enfocan el tema en términos de "génesis" de los flujos. La tercera, y última, pregunta se refiere a por qué se "perpetúan" dichos flujos y cómo se configuran en la práctica. Es decir, por qué determinados países o regiones dentro de un mismo país emigran a unos países determinados y no a otros; o por qué cada país de acogida acoge flujos que no se distribuyen al azar, sino que se concentran en determinadas áreas geográficas y en otras no, en determinadas ramas y sectores y en otros no, o proceden significativamente de determinados puntos de origen y de otros no (v.g.: turcos en Alemania, indios y paquistaníes en Inglaterra, mexicanos y asiáticos en EE.UU., argelinos en Francia o marroquíes y sudamericanos en España).

2. FACTORES QUE ESTIMULAN LOS FLUJOS MIGRATORIOS EN LOS PAÍSES DE ORIGEN

La primera pregunta que nos formulábamos, se sitúa en los países de emisión, y trata de identificar los factores económicos que actúan en origen estimulando e incentivando los flujos migratorios.

2.1. Agravamiento de los factores expulsivos

El impulso más obvio y más inmediato a la hora de responder a esta pregunta consistiría en apelar al agravamiento, hasta límites insoportables, de los factores expulsivos en el Sur. La fractura, que enriquece cada día más a menos personas, empobrece cada día más a un número creciente de seres humanos. Los países más pobres, que suman 3.515 millones de seres humanos, viven con 520 dólares de renta per cápita, mientras los países más ricos, que apenas suman 885 millones de personas, alcanzan los 25.510 dólares de producto per cápita. Frente a los 100 dólares de Etiopía, países como Suiza tienen 40.080 dólares de renta per cápita (Banco Mundial, 2000). Comparando las rentas del 20 por ciento más rico de la población mundial con el 20 por ciento más pobre, la relación en 1960 era de 30/1 y en 1997, de 74/1 (PNUD, 1999).

En los últimos 25 años, el hogar medio africano ha visto caer su capacidad de consumo en un 20%, mientras que los países ricos han crecido a una tasa interanual del 2.3%. De cada 100 dólares que se dedican en el mundo al año a gastos de consumo privado, 86 los consume el 20% de la población más rica del mundo, y el 20% más pobre solo 1.3 dólares. Y este mismo 20% de la población más rica, acapara 74 de cada 100 líneas telefónicas; poseen 87 de cada 100 vehículos y consume 84 folios de cada 100 que se producen. A partir, por cierto, de la madera que se extrae de los bosques del Tercer Mundo que, por esta razón, está conociendo procesos irreversibles de deforestación y desertificación.

Y, sin embargo, el 95% del crecimiento actual de la población en el mundo está teniendo lugar en los países menos desarrollados, de modo que hoy, aproximadamente 8 de cada 10 personas viven en zonas de subdesarrollo. La tasa media de crecimiento anual de la población activa en la última década fue del 2.3% en los países más pobres, mientras que prácticamente se ha estancado en los países más ricos.

Apelar a estos datos a la hora de explicar qué factores económicos actúan en los países de origen

empujando hacia la emigración es casi una tentación imposible de resistir. Y, sin embargo, reconozco que es una tentación demasiado simplificadora. Entre otras cosas, porque sabemos que no son los más pobres entre los pobres los que más propensión tienen a emigrar, como luego veremos. Pero una cosa es afirmar que solo emigran los más pobres, lo que no es cierto, y otra negar que este inmenso desequilibrio en el reparto internacional de la riqueza y la población, unido a los compulsivos estímulos al consumo procedentes del Norte, no conduzcan a millones de seres humanos a la desesperación y activen aun más la presión migratoria.

Pero si se trata de no simplificar demasiado las cosas, hagamos un esfuerzo de rigor y volvamos a la teoría. La literatura especializada ha propendido a responder a esta pregunta (por qué deciden emigrar quienes emigran) desde dos perspectivas teóricas bien diferentes. Una de ellas, que denominaremos “perspectiva micro”, estaría representada tanto por la *Teoría Neoclásica*, como por su versión más sofisticada de la *Nueva Economía de las Migraciones*. La otra línea adopta una “perspectiva histórico-estructural macro”, y estaría representada tanto por la *Teoría de los Sistemas Mundiales*, como por la *Teoría de la Transición a la Movilidad*. Comenzaremos por la exposición de las aproximaciones “micro”, y será a propósito de la evaluación de sus deficiencias cuando abordaremos las perspectivas histórico-estructurales a nivel “macro”.

2.2. Perspectivas Teóricas “micro”

a) Teoría Neoclásica

Durante decenios, sobre todo desde de la segunda mitad del siglo XX, la teoría económica trató de responder a la pregunta que nos estamos planteando (¿por qué deciden emigrar quienes emigran?) apelando, sobre todo, a los planteamientos neoclásicos. Según sus formulaciones más ortodoxas (Sjaastad, 1962; Todaro, 1969, 1976 y 1989; Borjas, 1989 y 1990), los factores clásicos (capital y trabajo), tratarán siempre de maximizar sus ventajas, que para el capital serán los beneficios y para el trabajo, los salarios. La retribución de los factores se rige, como es obvio, por las leyes del mercado, que se reflejan en la intersección de las curvas de la oferta y la demanda.

Dada la hipótesis de que los rendimientos de los factores son decrecientes a la escala de la acumulación (es decir, a medida que aumenta el stock), en un país con alta oferta de trabajo y escaso en

capital (y, en consecuencia, altas tasas de paro), los salarios tenderán a ser bajos, y los beneficios de capital, altos. Justo lo contrario ocurrirá en países con baja oferta de trabajo e intensivos en capital (y, en consecuencia, en situación de pleno empleo), en los cuales los salarios tenderán a subir, mientras que los beneficios de capital (que han entrado en rendimientos decrecientes), tenderán a bajar. Como consecuencia de esto, y puesto que los agentes actúan racionalmente y buscan siempre maximizar sus ventajas, los trabajadores no cualificados de los países intensivos en trabajo tenderán a desplazarse hacia los países ricos y con altos salarios; mientras que, a la inversa, el capital y los trabajadores altamente cualificados (capital humano), que deberían ser abundantes en el Norte, tenderán a desplazarse desde los países ricos hacia los países pobres, donde son escasos y con alta remuneración.

Esto quiere decir, en esencia, dos cosas. Primera, que el origen último de las migraciones internacionales radica, según la *Teoría Neoclásica*, en el diferencial de salarios entre países ricos y países pobres. Sin tales diferencias, los individuos no encontrarían motivaciones para moverse, y los flujos migratorios no se producirían. Y segunda, que el resultado final será que en el país de origen descenderá la oferta de trabajo y subirán los salarios y en el de destino descenderá la oferta, cesará la presión a una subida inflacionaria de salarios y, a la larga, acabará alcanzándose una situación de equilibrio. Si los mercados son libres y los factores, incluidos los trabajadores, pueden moverse libremente, la ortodoxia neoclásica prevee que el resultado final será la igualación de fortunas entre países de origen y de destino.

b) “Nueva Economía de las Migraciones”

Una versión más elaborada, aunque dentro del espíritu neoclásico, la ha ofrecido la conocida como *Nueva Economía de las Migraciones*, propuesta fundamentalmente por O. Stark (1991). A diferencia de las formulaciones más ortodoxas, introduce, al menos, tres postulados de largo alcance. En primer lugar, la “unidad migrante” básica no es ya el individuo aislado, sino el grupo familiar, cualquiera que sea la forma en que culturalmente se definan los límites de dicho grupo. Es la familia, no el individuo aislado, la que calcula racionalmente costes y beneficios, invierte sus recursos y espera obtener los retornos. El individuo físico migrante es solo un recurso, entre otros, que el grupo familiar moviliza en beneficio propio.

En segundo lugar, el cálculo racional en virtud del cual la unidad familiar decide enviar a alguno de sus miembros al extranjero (como puede decidir que otros permanezcan en sus mercados de origen, otros cambien de actividad económica y otros emigren a la ciudad dentro de su mismo país), no busca tanto la “maximización de beneficios”, como la “minimización de riesgos”. Este énfasis en el diseño de estrategias destinadas a minimizar riesgos, más que a maximizar beneficios, deriva, por un lado, del hecho de que se trata de unidades domésticas la mayoría de ellas ubicadas en áreas rurales y, en consecuencia, muy vulnerables a los ciclos naturales. Y, por otro lado, del hecho de que proceden de países en que los servicios de protección social (por ejemplo, frente al desempleo, la jubilación o la enfermedad), los sistemas de seguros (por ejemplo, frente a una mala cosecha o una catástrofe natural), o los mercados de créditos (tanto al consumo como a la inversión), o son muy rudimentarios e imperfectos, o no están al alcance de la mayor parte de la población o, simplemente, no existen. La estrategia de “minimización de riesgos” deriva, por tanto, de fallos en el conjunto de los mercados y sistemas de protección, no solo en el mercado de trabajo.

En este tipo de contextos, el grupo familiar permanece en situación de extrema vulnerabilidad. Una mala cosecha, la enfermedad de uno de sus miembros, una catástrofe natural o la caída de los precios en los mercados de materias primas, provoca un descenso automático en los ingresos familiares. La respuesta racional (en estructuras socioeconómicas sin mecanismos institucionales de corrección) es, lógicamente, la diversificación de riesgos e ingresos. Por eso, la estrategia de enviar algún miembro del grupo al extranjero puede ser, efectivamente, una decisión racional, incluso en ausencia de un diferencial apreciable de salarios.

Por último, la Nueva Economía de las Migraciones ofrece explicaciones convincentes a otro tipo de situaciones paradójicas, pero reales. Por ejemplo, no siempre ocurre que la caída de la renta nacional media (la renta per cápita) es la que incentive los flujos migratorios. Puede ocurrir más bien lo contrario. Si en un país de origen crece su renta per cápita, pero crece también la desigualdad en el reparto de la renta entre clases, regiones o comunidades, las familias menos favorecidas acaban viéndose a sí mismas en una situación de “deprivación relativa” respecto a otros grupos de referencia. De nuevo aquí, la respuesta de estas

familias puede ser la migración exterior de alguno de sus miembros como estrategia para reducir dicha deprivación (Stark; Taylor, 1989).

Algunas de las pautas migratorias más conocidas, podrían ser vistas como una forma de verificación empírica de las previsiones teóricas de la Nueva Economía de las Migraciones. Por ejemplo, este es el caso de algunos países de ingreso medio cuyo producto bruto está creciendo, pero cuya distribución interna entre clases o entre regiones se está dualizando. (ejemplos: Marruecos y el Rif, etc). Del mismo modo, el envío de remesas a los países de origen solo tiene sentido si, en efecto, es la familia, no el individuo aislado, la unidad migrante básica. De algún modo, el envío de remesas acaba jugando un papel sustitutivo frente al funcionamiento imperfecto de los sistemas de seguros, de protección social o de mercados de créditos. Las remesas de dinero enviadas por los emigrantes ecuatorianos han acabado por convertirse en la segunda fuente de divisas para ese país, según Informe de su Banco Central. Los barrios étnicos de las ciudades de acogida se pueblan cada día más de locutorios y de agencias de envíos de remesas, que revelan la permanencia de los vínculos con los grupos familiares de origen.

Sin embargo, aunque la mayor sofisticación teórica de la Nueva Economía de las Migraciones le confiera una mayor capacidad explicativa, es un hecho que, en realidad, no pretende ser una propuesta alternativa a la Teoría Neoclásica. Más bien al contrario, se mueve dentro de su mismo espíritu al menos en un doble sentido. Primero porque continúa siendo una aproximación “micro” al fenómeno migratorio y, segundo, porque comparte con la Teoría Neoclásica más ortodoxa el supuesto de que la motivación última a emigrar deriva de un cálculo racional individual (aunque no del individuo físico, sino de la familia) destinado a la optimización de sus recursos.

2.3. Perspectivas “macro” (“Teoría de los Sistemas Mundiales” y “Teoría de la Transición a la Movilidad”)

Por eso, centrándonos de nuevo en las formulaciones más ortodoxas de la Teoría Neoclásica, al menos dos hechos contribuyen a poner en cuestión su capacidad explicativa. El primero es que, bien en contra de lo que prevén sus postulados teóricos, no son los países más pobres del planeta (es decir, aquellos en los que el diferencial de salarios es

mayor) los que mayores tasas de emigración presentan, sino aquellos que, en alguna medida, han iniciado ya procesos incipientes de desarrollo industrial. El segundo hecho que falsa la teoría es que, al margen de lo que ocurriera en etapas históricas pasadas, hoy parece altamente improbable (incluyo a plano teórico), que los movimientos en los mercados internacionales derivados de los procesos de globalización, vayan a acercar ese horizonte de igualación de fortunas entre las sociedades avanzadas y el Tercer Mundo.

El examen de ambas cuestiones no es un puro ejercicio de reflexión teórica. Por el contrario, tiene consecuencias prácticas de largo alcance que pueden contribuir a explicar cómo y por qué funcionan de hecho (no en teoría) los flujos migratorios. Comenzaremos con la primera cuestión. En efecto, es un hecho que los flujos migratorios más densos, no proceden, contra lo que pudiera esperarse, de los países y regiones más pobres y más desconectadas de los circuitos de los mercados mundiales. Tanto la *Teoría de los Sistemas Mundiales*, como la *Teoría de la Transición a la Movilidad* ofrecen respuestas convincentes a este hecho paradójico.

La *Teoría de los Sistemas Mundiales*, tal como fue enunciada por Wallerstein (1974, 1980) sugiere, en esencia, que el desarrollo desigual entre economías centrales y periféricas lejos de haber sido una etapa histórica coyuntural en el camino hacia el desarrollo de los más pobres, ha acabado convirtiéndose, más bien en la condición estructural de posibilidad para la expansión del sistema capitalista mundial y la perpetuación de las desigualdades.

Estos procesos de desarrollo desigual y dependiente se han visto históricamente reforzados, primero por los procesos políticos de colonización y, después, por una descolonización dirigida precisamente a perpetuar la dependencia, en muchos casos, manteniendo vínculos militares y, en otros, mediante la formación de élites locales al servicio de los intereses de la metrópolis.

Aunque los postulados de Wallerstein datan ya del 74, la evolución posterior de los hechos parece haberle dado la razón. La actual expansión del capitalismo global, de la mano de las grandes multinacionales, está penetrando cada vez más en regiones periféricas en busca de tierras, materias primas, recursos naturales o mano de obra barata. Mientras que muchas regiones del planeta quedan definitivamente desconectadas de los circuitos

mundiales (por ejemplo, en el África subsahariana), otros países semiperiféricos (por ejemplo en América Latina, el Sudeste Asiático o África del Norte) se ven cada vez más afectados por la imparable penetración de los mercados del capitalismo global.

A partir de aquí, estos países semiperiféricos comienzan a sufrir una serie concatenada de efectos cuya consecuencia final será la movilización geográfica de grandes excedentes de población. Sus sistemas de producción tradicionales destinados al consumo directo, son sustituidos por sistemas de producción mecanizados, destinados a la producción de excedentes para los mercados. La agricultura se capitaliza, la productividad agrícola se incrementa y cae bruscamente la necesidad de mano de obra en el campo. Millones de agricultores son literalmente expulsados de sus tierras porque sus sistemas tradicionales de producción no pueden competir con los que imponen las grandes multinacionales. Esto no solo debilita las economías locales tradicionales, sino que provoca también una profunda desestructuración social en que se debilitan los lazos comunales, de parentesco y familiares, que hasta entonces anclaban a la gente a sus tierras.

Se crea, así, una gran masa de mano de obra excedente y desarraigada. Una parte de este excedente se dirige hacia las ciudades, donde las multinacionales establecen plantas de producción industrial intensivas en trabajo. Pero otra parte de este excedente se ve en la obligación de emigrar al extranjero. En la medida en que los mercados globales han creado también vínculos culturales y de comunicaciones y transporte, los emigrantes los aprovechan en su huida hacia las antiguas metrópolis y zonas de influencia.

Si la *Teoría de los Sistemas Mundiales* es correcta, esto explicaría por qué no son las naciones más periféricas, definitivamente apartadas de los circuitos mundiales del capitalismo global, las que más emigran, sino las naciones semiperiféricas en las que se ha iniciado un proceso de desarrollo industrial dependiente. Me pregunto, por ejemplo, si el incremento de la inmigración infantil al que estamos asistiendo no tiene mucho que ver con estos procesos de desestructuración de los lazos familiares tradicionales. Y me pregunto también si no podría ser visto como el correlato internacional en nuestros días, de lo que ocurrió con los niños en la Europa que iniciaba su industrialización desde mediados del XVIII y el XIX.

Por otro lado, y en la medida en que se trata de un desarrollo dependiente y no autocentrado, las economías de estos países semiperiféricos sufren de modo especial los efectos tanto de las recesiones internacionales cíclicas, como de sus propios procesos de reestructuración, indispensables para integrarse en los circuitos del capitalismo global.

La grave crisis en que vive sumido El Ecuador, que le ha hecho ser el primer país de América Latina en adoptar el dólar como moneda nacional, provoca las escenas que conocemos de masas de ecuatorianos tratando de obtener visados de salida, o llegando de forma irregular a EE.UU o España. Argentina, que fue antes país de inmigración, está viviendo una de las mayores recesiones de los últimos tiempos. Sus tasas de paro se han disparado hasta el 16% y, según una reciente encuesta, el 30% de los argentinos manifiestan deseos de emigrar, sobre todo a España y la UE. Puesto que más de medio millón de argentinos tienen ya o tienen derecho a obtener pasaporte español, y puesto que las solicitudes de visado hacia España han aumentado un 77% en los dos últimos años, podemos pronosticar que los flujos inmigratorios de Argentina hacia España, que se habían estancado en los últimos años, volverán a dispararse (estos datos son anteriores a la crisis institucional que provocó la caída del expresidente De la Rúa y la quiebra del sistema financiero argentino, lo que nos permite imaginar la magnitud de la evolución posterior de estas cifras). Y, en general, otro tanto podríamos decir de países latinoamericanos como Perú, Venezuela o Colombia. Brasil, que hace 10 años era netamente inmigratorio, está empezando a cambiar hoy su tendencia.

Todo esto quiere decir que, si bien la *Teoría de los Sistemas Migratorios* explica razonablemente bien algunos aspectos de la génesis de las migraciones, ahora debemos añadir que los flujos no son un proceso constante, sostenido ni unidireccional. Son, más bien, el reflejo especular de los ciclos por los que atraviesan sus economías respectivas, en sí mismas, y en su relación con el Centro.

Aunque desde posiciones diferentes, la *Teoría de la Transición a la Movilidad*, de W. Zelinsky (1971) acaba llegando a conclusiones similares. Son las sociedades que han iniciado su desarrollo industrial las más propensas a emigrar. Por un lado, el sector agrícola pierde peso en la composición del PIB. Por otro, como ocurrió en su día entre nosotros, se produce una transición demográfica que

incrementa la población y agrava aún más los excedentes de mano de obra. Las consecuencias inmediatas son, por un lado, el éxodo rural masivo y, por otro, la emigración exterior. Sólo cuando se fortalece el aparato industrial, cesa el éxodo rural y el país consolida su propio proceso de desarrollo económico y social, comienza a caer la emigración y, a la larga, puede acabar convirtiéndose en país de inmigración. Entre nosotros, éste ha sido el caso de la Europa Sur, a partir de finales de los 70. España se convirtió en país de inmigración apenas desde mediados de los 80, mientras que en los 50 y 60 era aún fuertemente emigratorio.

2.4. Teorías del Crecimiento Endógeno

El segundo hecho que contribuye a falsar en la práctica los postulados de la Teoría Neoclásica es su predicción de que la libertad irrestricta de movimientos en los mercados internacionales (en particular del factor trabajo), acabará por actuar en favor de la convergencia entre países y, en consecuencia, contribuirá a un reparto más equitativo de la renta internacional. El hecho es que esta hipótesis ni se ha producido, ni tiene visos de que vaya a producirse en el futuro. Más bien, parece que las cosas caminan en sentido opuesto, entre otras cosas por la actual recomposición de los factores que intervienen en la función de producción que determina el crecimiento de la renta nacional.

Tal como están poniendo de relieve los más recientes “*Modelos Teóricos de Crecimiento Endógeno*” (Romer, 1986; Grossman; Helpman, 1991, etc.), la innovación tecnológica, el desarrollo de las tecnologías de la información y los avances exponenciales en el conocimiento científico son factores endógenos (no exógenos) en la función de producción que, a su vez, generan externalidades que favorecen la productividad de los demás factores. De aquí que, bien en contra de lo que prevé la Teoría Neoclásica, los rendimientos de capital (incluido en capital humano) serán crecientes a la escala de la acumulación (es decir, a medida que aumente su stock), en lugar de decrecientes. Y, en consecuencia, tenderán a moverse en la dirección en que haya más capital acumulado, no al revés, con los consiguientes efectos de descapitalización en el Sur.

Si esto es así, los países que partan de mayor capital físico, humano y tecnológico acumulado, verán crecer sus rentas más y más rápidamente, con lo que la divergencia entre países ricos y pobre se

acrecentará en lugar de reducirse, los países ricos serán cada vez más ricos y a los países no desarrollados les será muy difícil, ni no imposible, escapar a su trampa. Según los hechos, parece que, en efecto, el conocimiento científico y la innovación tecnológica están dando un espacio creciente a la llamada “nueva economía”, y es un hecho que esta nueva economía parece estar teniendo efectos dinamizadores en las economías desarrolladas, mientras que los países más periféricos se ven definitivamente apartados de ella.

De cara a las migraciones, lo que estos modelos de crecimiento endógeno prevén, en esencia, es que, al contrario de lo que suponía la ortodoxia neoclásica, los flujos de capital humano (es decir, los trabajadores altamente cualificados) tenderán a moverse en dirección Norte/Norte e incluso Sur/Norte, pero no al revés. Incluso a plano teórico parece, por tanto, que la hipótesis de la igualación de fortunas se muestra inconsistente.

3. FACTORES QUE ESTIMULAN LOS FLUJOS MIGRATORIOS DESDE LOS PAÍSES DE ACOGIDA

La segunda pregunta que nos planteábamos al comienzo, enfoca la cuestión no desde el ángulo de los países emisores, sino desde la perspectiva de los países de acogida. Como señalamos en su momento, es un hecho que los actuales movimientos migratorios internacionales no pueden explicarse apelando únicamente al agravamiento de los factores expulsivos (económicos y demográficos) que actúan en los países de origen. Si no existiera una demanda real de trabajadores inmigrantes en los países desarrollados, podemos pronosticar que los flujos migratorios Sur/Norte no se producirían con la intensidad, la composición y la forma en que se están produciendo.

La previsión neoclásica, según la cual las altas tasas de paro en países de destino desincentivarán la emigración en la medida en que, al disminuir las expectativas de encontrar empleo aumenten de hecho los costes de movimiento, no se ha verificado en absoluto en las últimas décadas. Es bien sabido que, desde mediados de los 70, las tasas de paro en todos los países desarrollados, y muy especialmente en la UE, se dispararon exponencialmente como consecuencia de la recesión derivada del 73 y de la crisis del modelo fordista de crecimiento económico. Para el conjunto de los países de la UE, la

tasa de paro pasó del 2.7% en 1973, al 10.3 en 1998.

Y, sin embargo, a lo largo de las décadas de los 80 y de los 90, los flujos de inmigración a la UE procedentes de países en desarrollo, no solo no se detuvieron, sino que aumentaron significativamente. Dicho en otros términos, que, en contra de lo que prevé la Teoría Neoclásica, incluso en situaciones de altas tasas de paro en los países de destino, los flujos migratorios, lejos de detenerse, se han incrementado.

La explicación más obvia a esta aparente paradoja teórica consistiría en atribuir la presión migratoria al agravamiento de los factores push en los países de origen. Pero la pregunta a la que ahora corresponde dar respuesta es si, al mismo tiempo que se agravan estos factores expulsivos, actúan también o no, factores de atracción en el Norte en función de los cuales, incluso en situaciones de mercado con exceso de oferta de trabajo, existen segmentos de la demanda que no cubre la oferta nacional. Es decir, si en países de destino con elevadas tasas de paro existen, sin embargo, empleos para los que los empresarios no encuentran respuesta en la oferta nacional.

Y sabemos que esto es así, efectivamente. Y no solo, contra lo que pudiera imaginarse, en el segmento secundario del mercado, donde los trabajos son más precarios y peor pagados, sino también en el extremo opuesto, el de los trabajadores altamente cualificados en determinados sectores de las tecnologías avanzadas. Este déficit de oferta de trabajo nacional para los dos segmentos extremos del mercado de trabajo, requiere marcos explicativos diferentes.

a) Sector Primario Superior

Como es sabido, el capital es un factor fijo en la función de producción, mientras que el trabajo es un elemento integrante de los costes variables. Dado el hecho de que una infrautilización del capital haría recaer los costes sobre los propios empresarios, la única respuesta económicamente “racional” para el empresario (aunque sea solo a corto plazo) será responder a las fluctuaciones de la demanda operando sobre los costes variables, es decir, contratando o despidiendo trabajadores. En realidad, y al contrario de lo que ocurriría con el capital, de lo que se trata es de transferir sobre los propios trabajadores los riesgos de las incertidumbres de los mercados.

Pero hay un sector de trabajadores que, por la rápida emergencia de las tecnologías avanzadas y por el papel creciente que estas juegan en el crecimiento económico, son aún un bien escaso, incluso en los países desarrollados. A la vista de los elevados costes que se derivan de su formación, contratación y despido, la lógica de la gestión de este perfil de trabajadores puede asimilarse, en realidad, a la del capital. Pasan a formar parte del “capital humano” de la empresa y, en consecuencia, no es sobre ellos sobre los que las estrategias a corto de los empresarios pueden permitirse actuar para hacer frente a los ciclos o a las fluctuaciones de la demanda variable.

Solo si adoptamos el paradigma de los “*Modelos Teóricos de Crecimiento Endógeno*”, a que antes aludíamos, la paradoja del déficit de capital humano en el Norte tiene vías de comprensión. Como vimos en su momento, los *modelos teóricos de crecimiento endógeno* prevén que los rendimientos de capital, también de capital humano, son crecientes a la escala de la acumulación, en lugar de decrecientes. Si la hipótesis es correcta, tiene sentido esperar un incremento de la demanda de este perfil de trabajadores y nos permite prever flujos migratorios de inteligencia viva en dirección Sur/Norte, donde sus rendimientos, derivados de la eclosión de las tecnologías inteligentes y de la nueva economía, serán superiores a los que podría obtener en el Sur.

Y, de hecho, esto es exactamente lo que está ocurriendo en la actualidad. La demanda de capital humano se está haciendo notar de forma especialmente sensible es en sectores tales como las telecomunicaciones, la informática y, en general, los relacionados con las Nuevas Tecnologías de la Información. EE.UU. ha aumentado el cupo anual para este perfil de trabajadores, de los 115.000, a los 200.000 anuales. Y un caso similar está ocurriendo en los países de la UE y, desde luego, también en España. En la actualidad, necesitamos ya más de 22.000 técnicos de este perfil y, de no aumentar la producción nacional, en los próximos años se estima que el déficit de trabajadores TI podría situarse en torno a los 700.000.

De no cubrir este déficit, los sectores económicos relacionados con la “nueva economía”, podrían ver frenado su crecimiento, lo que nos permitiría pronosticar consecuencias de alcance para nuestras economías, porque una desaceleración en estos sectores avanzados, tendría efectos depresivos

sobre los demás. En consecuencia, podemos pronosticar que, en los próximos años, asistiremos a una intensificación de los flujos de inteligencia viva en dirección Sur/Norte, con los consiguientes efectos de descapitalización en el Sur. Países como la India, Paquistán o China son exportadores netos de trabajadores de alta cualificación, en particular hacia EE.UU. e Inglaterra. Es conocido que uno de cada dos trabajadores de Silicon Valley procede de estos países. Y países como Venezuela o Colombia están sufriendo también un drenaje masivo de capital humano. El Departamento Colombiano de Planeación estimó que, solo en 1999, Colombia pudo perder más de 2.000 millones de dólares por esta fuga de cerebros.

b) Sector secundario

Pero donde se visualiza mejor la paradoja de la existencia de una demanda adicional de trabajadores inmigrantes en economías que, sin embargo, presentan altas tasas de paro, es en el mercado secundario de trabajo. En la medida en que una situación como esta es inconsistente con las concepciones neoclásicas, se hace necesario apelar a otros paradigmas teóricos. La teoría de la “*Segmentación del Mercado de Trabajo*”, propuesta, entre otros, por Piore (1971), puede avanzar al menos una tentativa de respuesta.

Según esta teoría, los mecanismos de ajuste a los ciclos, que consisten en actuar sobre los costes variables, acaban por convertirse en estructurales en economías intensivas en capital y su efecto inmediato es la dualización del mercado de trabajo al menos en dos segmentos: el segmento primario, compuesto por trabajadores estables, responsables de mantener el núcleo, con altas cualificaciones y elevados salarios, y el segmento secundario, integrado por trabajadores precarios y descualificados, con bajos salarios, escasas oportunidades de promoción laboral y bajo índice de deseabilidad social. En la medida en que los trabajadores de alta cualificación se asimilan, como ya sabemos, al capital (son “capital humano”), es sobre el segmento secundario sobre el que los empresarios operan de forma inmediata para dar respuesta a las fluctuaciones de la demanda.

La diferencia radical entre el punto de vista de la *teoría de la segmentación del mercado y trabajo* y las teorías que hemos visto hasta ahora es que, según esta teoría, la movilización de los flujos migratorios no tiene su origen en los países emiso-

res. Por el contrario, se activan por factores estructurales que actúan en las economías desarrolladas de destino.

Porque lo específico de las sociedades desarrolladas es que la estructura salarial no es, o no es solo, un reflejo especular de las condiciones de la oferta y la demanda. Es, sobre todo, una “construcción social” en función de la cual se supone que los niveles de la jerarquía ocupacional confieren status y prestigio social, y se supone que esta jerarquía debe verse reflejada en los salarios. La jerarquía ocupacional (desde los niveles más bajos hasta los más altos puestos de dirección) se construye socialmente y se consolida institucionalmente (por ejemplo, a través de la acción sindical o de la regulación contractual de las categorías profesionales). Se supone, entonces, que la atribución de los niveles salariales que corresponden a dichas categorías no está sujeta a los mecanismos libres del mercado y a la libre concurrencia de las partes, sino a las expectativas socialmente construidas e institucionalmente refrendadas.

En la medida en que el puesto de trabajo es un signo de status, las sociedades desarrolladas encontrarán dificultades crecientes a la hora de cubrir los puestos más bajos, que corresponden al mercado secundario. Los trabajadores nacionales huyen espontáneamente de ellos. En lógica neoclásica, la única vía para cubrir este déficit sería la elevación de sus niveles salariales, de modo que lo hiciera atractivo para los trabajadores nativos.

Sin embargo, este mecanismo de ajuste de mercado es literalmente imposible. La asociación entre expectativas de status y atribución de salarios, tendría como consecuencia inmediata una elevación automática de los niveles salariales para los demás segmentos del mercado de trabajo. En consecuencia, los costes que se derivarían de la elevación de los salarios en los puestos más bajos, no se agotarían en ellos mismos, sino que tendrían consecuencias inmediatas de mucho más largo alcance, en toda la estructura laboral, que acabaría induciendo una escalada inflacionaria.

La única solución posible (e inevitable si queremos huir del riesgo de una inflación estructural), será encontrar una oferta de trabajadores que, o bien no asocien salarios y prestigio, o carezcan de expectativas de status o cuyo grupo de referencia no sean los trabajadores nacionales, sino mercados en los que, el simple hecho de trabajar, aunque sea en

los niveles más bajos, sea ya percibido como algo que confiere prestigio. Es un hecho que los trabajadores inmigrantes cumplen casi a la perfección este perfil, al menos en una primera etapa migratoria. Los inmigrantes se ven a sí mismo como pertenecientes a su sociedad de origen, no a la de destino y, el simple hecho de llegar al país de acogida, encontrar trabajo, enviar remesas y regresar más o menos periódicamente con moneda fuerte y artículos de consumo que no están al alcance de sus compatriotas, les confiere ya un prestigio, cuya motivación falta para los trabajadores nativos. Incluso si los salarios son bajos y las condiciones de trabajo insoportable para los mercados de acogida, pueden ser vistos como un privilegio en el país de origen.

Por su parte, Adriana Marshall (1984) ha hecho ver que, en situaciones de mercado con exceso de oferta de trabajo, y, en consecuencia, altas tasas de paro, los neoimmigrantes no se distribuyen homogéneamente a lo largo del aparato productivo en proporciones análogas a los nacionales, sino que tienden a concentrarse en sectores, ramas o empresas muy sensibles a las fluctuaciones del ciclo, con alta elasticidad de sustitución, altas tasas de precariedad y bajos salarios. Trabajos de los que huyen espontáneamente los nativos, pero que son esenciales para mantener el aparato productivo.

Si la hipótesis es correcta, esto quiere decir que, a la regla de oro de la asignación de los inmigrantes a los puestos más bajos del mercado secundario, se le superpone otra: la sobrerrepresentación de trabajadores extranjeros en determinados sectores o actividades de la estructura de producción, tales como la recolección agrícola, el peonaje, el servicio doméstico, etc. Y, en efecto, cuando un nicho de mercado empieza a estar sobrerrepresentado por trabajadores inmigrantes, pasa automáticamente a ser socialmente estigmatizado como "trabajo inmigrante", del que tenderá a huir espontáneamente la fuerza de trabajo nacional.

Para referirnos solamente a España (un país paradigmático porque presenta de las más altas tasas de paro de toda la UE), esta situación es suficientemente conocida. Según datos del INEM, en diciembre de 2000, había nada menos que 200.000 parados solo en tres sectores: peonaje de la construcción, recolección agrícola y servicio doméstico. Y, sin embargo, se quedaron sin cubrir casi 100.000 puestos de trabajo. Las expectativas laborales de los españoles han aumentado en los últimos años, de modo que huyen de este perfil de tra-

bajos. El apoyo de las redes familiares y la presencia de mecanismos de protección frente al desempleo (tanto públicos como privados), hace que los españoles prefieran prolongar su situación de paro en expectativa de puestos social y económicamente más reconocidos. Tras el accidente de Lorca, más de 20.000 hectáreas murcianas se están quedando sin recolectar (COAG), y otro tanto ha ocurrido en otras regiones españolas, como la fresa en Huelva, etc.

Y es por esta razón por la que, bien en contra del tópico popular, los trabajadores inmigrantes, incluso en situaciones de acogida con exceso de oferta de trabajo y altas tasas de paro, no compiten con los trabajadores nacionales. Más aún, en la medida en que hay razones para suponer que, en determinadas ramas de la actividad económica, la sobreexplotación de los trabajadores inmigrantes permite, contra la lógica de la tendencia histórica, la pervivencia de empresas o actividades intensivas en trabajo, no en capital, los inmigrantes no sólo no desplazan a los autóctonos, sino que acaban creando su propia demanda. Es decir, que incluso en mercados con exceso de oferta de trabajo y altas tasas de paro, la llegada de nuevos inmigrantes acaba produciendo un efecto paradójico de llamada. A determinados empresarios les resulta más rentable mantener la productividad a través de la sobreexplotación de los trabajadores, que a través de la innovación tecnológica y la inversión en capital.

Por esta razón, cuando los especialistas nos enzarzamos en la discusión sobre si los trabajadores inmigrantes son complementarios de los nacionales o, más bien, son sustitutos y compiten con ellos o bien en términos de empleo o bien en salarios, mantengo que estamos ante una polémica mal enfocada. Es poco discutible que, en términos teóricos (al menos en la ortodoxia neoclásica) cualquier incremento en la oferta de trabajo en situaciones de exceso de oferta, presionará a la baja los salarios o desplazará a trabajadores nacionales.

Pero, en la práctica, y si la *Teoría de la Segmentación del Mercado de Trabajo* es correcta, entonces las cosas no funcionan necesariamente así. Porque la única vía para atraer hacia estos puestos a los trabajadores nativos sería una elevación no solo de sus niveles salariales, sino también de sus condiciones de trabajo y de su estimación social. Pero entonces sabemos que esta elevación en los estratos más bajos provocaría una elevación automática en los demás y, en consecuencia, una espiral inflacio-

naria, una caída en la productividad empresarial con la consiguiente recesión económica y, en consecuencia, una nueva elevación de las tasas de paro.

Si algo ha quedado claro es que, por muchos miles de millones que los gobiernos inviertan en impermeabilizar sus fronteras, los inmigrantes seguirán llegando masivamente. Porque la intensificación de los flujos migratorios es consecuencia de la acción concertada de una doble tendencia. Por un lado, la lógica misma de las tendencias globalizadoras del capitalismo internacional que, al penetrar en los países de origen, dan lugar a procesos de desestructuración económica, demográfica, social y cultural, que provocan excedentes masivos de mano de obra, insoportables para sus economías locales. Y, por otro, en los países de destino, cuya lógica perversa en nuestros mercados de trabajo nos hace estructuralmente dependientes de la mano de obra inmigrante.

4. PERPETUACIÓN DE LOS FLUJOS MIGRATORIOS Y CONFIGURACIÓN DE MINORÍAS ÉTNICAS. EL PAPEL DE LAS REDES MIGRATORIAS.

Hasta aquí, hemos hablado de los factores que actúan en la *génesis* de los flujos, tanto en los países de origen como en los de acogida. Pero ¿cómo explicar la lógica conforme a la cual se *perpetúan* en el tiempo y cristalizan en minorías étnicas en los países de acogida? ¿Cómo explicar la consolidación de los vínculos incluso a través de rutas geográficas más o menos estables?

Sabemos que los flujos migratorios no se distribuyen al azar. Al menos en términos estadísticos, pueden identificarse centros y áreas geográficas que, en igualdad de condiciones que otras, presentan mayor propensión a emigrar, a hacerlo a través de canales ya establecidos y a dirigirse a regiones específicas de destino. La *Teoría de las Redes Migratorias* (Massey, 1986) parece ofrecer una respuesta convincente. Los flujos migratorios suelen utilizar canales ya establecidos que enlazan regiones de origen y de destino. Con frecuencia, estos canales se han originado aprovechando vínculos histórico-políticos derivados de los procesos de colonización y descolonización, que en su día crearon infraestructuras propias de comunicación y transporte entre las metrópolis y las colonias. Es el caso de países como la India o Paquistán en Inglaterra; Argelia o Marruecos, en Francia; Turquía, en Ale-

mania, etc. En otras ocasiones, las redes se configuran por simples razones de proximidad geográfica (como México y Estados Unidos) o por vínculos culturales y lingüísticos, como el caso de América Latina y España. No existe, pues, un único origen histórico en la génesis de las redes.

Pero, cualquiera que sea su origen, una red migratoria está integrada por vínculos interpersonales que unen y enlazan a los migrantes entre una región de origen y otra de destino. Cuando una red migratoria se constituye, tiende a autopropetarse. No solo porque favorece el efecto “imitación” en origen, sino también porque reduce los costes (económicos, pero también emocionales) de acogida e integración. El efecto “imitación”, que actúa en origen, se ve complementado y potenciado por el efecto “llamada” en destino.

La red de vínculos familiares, vecinales o de amistad que une entre origen y destino a los protoinmigrantes con los neoinmigrantes, favorece, a su vez, el crecimiento de los migrantes potenciales. Utilizando un símil de la física gravitatoria, a medida que una red migratoria va haciéndose más densa, acaba teniendo mayor poder de atracción. De aquí que sabemos que la existencia previa de redes migratorias es el mejor predictor de los flujos futuros. En cierto sentido, bien puede decirse que las redes son una forma de “capital social”, en la medida en que permite a los migrantes disponer de un conjunto de recursos intangibles que no sólo reducen los costes de migrar, sino que también facilitan su inserción en el mercado de trabajo, muchas veces, a través de redes de economías étnicas.

No sabemos con precisión la importancia exacta de estas redes en la configuración de subsistemas de economía étnica en los países de acogida, pero sí sabemos que juegan un papel determinante en las pautas de inserción laboral en los mercados de destino. Existe una especialización étnica en nichos de mercado y su existencia no puede ser ajena a la existencia de las redes migratorias.

Por otro lado, sabemos también que dichas redes contribuyen a la aparición y consolidación de minorías étnicas de origen inmigrante en el corazón mismo de nuestras sociedades desarrolladas. El mundo hacia el que caminamos será un mundo crecientemente globalizado, y étnica y culturalmente plural. Aunque algunos intencionadamente “despistados” se empeñen en seguir planteándolo en estos términos, hoy el centro del debate ya no

estriba en cómo *terminar* con la llegada de los inmigrantes, entre otras cosas, porque sabemos que los necesitamos (ONU, 2000). La cuestión radica hoy, por un lado, en decidir si lo harán de forma controlada y ordenada, o de forma clandestina e irregular. Y, por otro lado, en construir modelos de convivencia que garanticen tanto el respeto a las diferencias culturales como el disfrute de los plenos derechos de ciudadanía. En estos últimos días, algunos parecen empeñados en hacer demasiado ruido en criticar la multiculturalidad. Vease, si no, el revuelo formado en torno al reciente libro del politólogo Sartori (2001). Como él, yo tampoco comparto las tesis multiculturalistas, pero, a diferencia de él, no las comparto por razones sustancialmente opuestas. Lo cual, como he tratado de demostrar en otro sitio (Abad, 2002), no es precisa-

mente un asunto menor sino la esencia misma del debate. No es este el momento de entrar en este tema pero, en mi opinión, G. Sartori hubiera hecho una aportación más eminente a la historia de las ideas sobre relaciones interétnicas de haber puesto su probada inteligencia no tanto en combatir las posiciones multiculturalistas con el sólido argumento de que conducen a la segregación y el apartheid, sino en haber fijado su atención en otros modelos de convivencia plural que, como la *interculturalidad*, no sólo no conducen a la segregación, sino que es la única opción capaz de armonizar tanto el deseo legítimo de mantener las identidades culturales diferenciadas, como el derecho, igualmente legítimo, a una inclusión universalista que garantice el disfrute de una ciudadanía integradora y responsable (Abad, 1993).

BIBLIOGRAFÍA

- Abad Márquez, L. V. (1993), “La educación intercultural como propuesta de integración social”, en L. V. Abad; A. Izquierdo y A. Cucó, *Inmigración, Pluralismo y Tolerancia*. Madrid, Popular, 9-69.
- Id. (2000), “Globalización, demografía y migraciones internacionales”. *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, 16, 57-70.
- Id. (2002), “Globalización, migraciones e interculturalidad”. *Temas* (monográfico sobre *La sociedad intercultural*).
- Banco Mundial (2000), *En el umbral del siglo XXI. Informe sobre el desarrollo mundial, 1999-2000*. Madrid, Mundi-Prensa.
- Borjas, G. J. (1989), “Economic Theory and International Migration”. *International Migration Review*, 23, 457-485.
- Id. (1990), *Friendas or Strangers: The Impact of Immigrants on the US Economy*. New York, Basic Books.
- Grossman, G.; Helpman, E. (1991), *Innovation and growth in the global economy*. Cambridge, MIT Press.
- Marshall, A. (1984), “Los trabajadores inmigrantes y el mercado de trabajo”. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, XXVI-3, 531-550.
- Massey, D. (1986), “The Social organization of Mexican migration to the United States”. *Annals of the American Association of Political and Social Science*, 478.
- Id. et al. (1998), *Worlds in Motion. Understanding International Migration at the End of the Millennium*. Oxford, Clarendon Press.
- ONU (2000), *Replacement Migration: Is it a Solution to Declining and Ageing Populations?* Nueva York, Department of Economic and Social Affairs.
- Piore, M. (1971), “The dual labor market: theory and implications”, en D. M. Gordon (ed.), *Problems in Political Economy: An Urban Perspective*. Lexington, DC Heath.
- PNUD (1998), *Informe sobre desarrollo humano 1998*. Madrid, Mundi-Prensa.
- PNUD (1999), *Informe sobre desarrollo humano 1999*. Madrid, Mundi-Prensa.
- Romer, P. (1986), “Increasing returns and long run growth”. *Journal of Political Economy*, 94.
- Sartori, G. (2001), *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Madrid, Taurus.
- Sjaastad, L. (1962), “The Costs and Returns of Human Migration”. *Journal of Political Economy*, 70, 80-93.
- Stark, O. (1991), *The Migration of Labour*. Cambridge, Basil Blackwell.

- Id.; Stark, O.; Edward Taylor, J. (1989), “Relative Deprivation and International Migration”. *Demography*, 26, 1-14.
- Todaro, M. (1969), “A Model of Labor Migration and Urban Unemployment in less-developed Countries”. *American Economic Review*, 59, 138-148.
- Id. (1976), *Internal Migration in Developing Countries: A Review of theory, evidence, methodology and research priorities*. Ginebra, ILO.
- Id. (1989), *Economic Development in the Third World*. New York, Longman.
- Wallerstein, I. (1974), *The Modern World System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*. New York, Academic Press.
- Id. (1980), *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. New York, Academic Press.
- Zelinsky, W. (1971), “The Hypothesis of the Mobility Transition”. *The Geographical Review*, LXI-2, 219-249.